

Arenas, Luis (2021). *Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*. Madrid: Trotta. ISBN: 978-84-9879-837-1. Reseñado por Vicente Ordóñez, UNED. Reseña recibida: 29 de junio de 2021. Reseña aceptada: 16 de julio de 2021. doi: <http://dx.doi.org/10.6035/reerca.6033>. Publicación en avance.

Quienes intentan examinar críticamente la globalización financiera y el sistema de producción capitalista desde la que se articula pueden encontrarse, en virtud de un desplazamiento dialéctico, con que sea el mismo sistema el que, llevándose hasta su propio límite, se sitúe fuera de sí: así como hay un punto de la curva en el que el sentido de su curvatura cambia, el agotamiento que aqueja al capitalismo parece conducir inexorablemente a un cambio de ciclo económico. Esta es una de las conclusiones, y no una de las menos importantes, ciertamente, a las que uno llega tras leer el penetrante ensayo de Luis Arenas, *Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*. Porque Arenas sostiene que la crisis sanitaria que estamos viviendo es tan solo la antesala de la crisis ecológica a la que hemos de enfrentarnos, no desde una perspectiva local, sino a partir de una federación de subjetividades: ante el desafío ecológico, no hay más remedio que desarrollar formas y canales de mundialización o internacionalización de los intercambios de informaciones y de bienes, recuperando ese

demos cosmopolita que ya anticipó Kant (1998). Y es que la economía de mercado nos ha ido alejando del presente y de la vida en la Tierra, ha institucionalizado ciertos vicios al tiempo que propagaba sus patologías: consumo compulsivo (contra las necesidades básicas), militarización (contra los ensayos innovadores de contratos sociales) y publicidad (contra la formación teórico-práctica, contra la enseñanza, el arte y la poesía). Ese modelo monstruoso —la alienación como encuadramiento planetario— se ofrece como arquetipo a los individuos para que modelen su ego a imagen y semejanza de la catástrofe que disfraza el beneficio económico de abundancia. Violencia y toxicidad materiales e ideológicas son los verdaderos atributos de la economía de mercado que nos domina, y el crecimiento demográfico y la rarefacción de los recursos naturales son sus inevitables corolarios. En efecto, hace tiempo que la biosfera dejó de ser el lugar de satisfacción de necesidades primarias para transformarse en un almacén de recursos que, manufacturados de forma

conveniente, ha ido adquiriendo vampírica vida propia. El resultado de todo ello es de sobra conocido: la globalización del sufrimiento y el colapso energético hacia el que nos dirigimos fatalmente, como la flecha envenenada que levanta el vuelo desde el arco, inflexible hacia la diana.

Capitalismo cansado se divide en ocho capítulos, precedidos por un prólogo y una introducción. Escrito al hilo de las desastrosas consecuencias sociales, políticas y económicas que trajo la crisis financiera del 2008, pero también al calor de la pandemia de la COVID-19, en el prólogo Luis Arenas aborda programáticamente los principales desafíos a los que debemos hacer frente como especie, que son de cariz acusadamente ecológico: «el desafío ecológico y la crisis climática a la que nos enfrentamos eran y son, por decirlo orteguianamente, “el tema de nuestro tiempo”. Y la superación del capitalismo, la condición de posibilidad que nos permitirá poder seguir teniendo un futuro como especie» (p. 29). Así las cosas, hay que abordar con profundidad de miras la posibilidad de abandonar el capitalismo como método de organización económica, política y cultural, y ahondar en las posibilidades de la ecología, esa ciencia de la totalidad que debe cultivarse teórica y prácticamente por individuos y orga-

nizaciones de manera intensiva. El itinerario queda fijado con claridad en la introducción: «repensar el carácter irracional del sistema sobre el que estamos asentados y tratar de poner nombre y rostro a algunos malestares que sacuden las conciencias del sujeto contemporáneo» (p. 38).

En los dos primeros capítulos Arenas cuestiona, entre otros, uno de los axiomas sobre los que descansa la economía bursátil, a saber: que el mercado es el principal mecanismo para satisfacer racionalmente las necesidades del *sapiens*. Tomando impulso desde algunas de las principales ideas de Marx, pero no solo de él, Arenas arguye que el capitalismo encubre una lógica material concreta que es preciso señalar y sacar a la luz. Porque, si bien la circulación del dinero no tiene fin, ese dinero puede circular de dos modos: como medio para la circulación de mercancías y como capital. En el primer caso se produce una transformación de la mercancía en dinero y del dinero nuevamente en mercancía. En el segundo, el dinero se transforma en mercancía y, a partir de esta, nuevamente en dinero. Es el dinero como valor de cambio, el movimiento constante por el que el dinero llega a ser capital: se adquiere por medio de dinero una mercancía para venderla de nuevo, obteniendo así un incremento, una plusvalía. Si en el primer proceso

el dinero es utilizado como mediador del intercambio de mercancías, en el segundo, dinero y mercancía son distintas modalidades del valor en sí. El valor se hipostatiza: no solo no se pierde en el movimiento que le lleva dialécticamente de la forma dinero a la forma mercancía, sino que ese valor que se tiene a sí mismo como incremento se transforma en dinero progresivo, en capital (Marx, 2009: 297). De hecho, el motivo propulsor de las tres fases en las que se desarrolla el proceso cíclico del capital es la valorización del valor como finalidad determinante. Esta sería la «lógica intrínseca del capital: el proceso mediante el cual el capital se reproduce a sí mismo» (p. 42). Comoquiera que sea, Arenas defiende que Marx no fue capaz de extraer las graves consecuencias energéticas y ecológicas de una estructura económica que, para alimentarse, necesita crecer progresiva e ilimitadamente en un mundo de recursos finitos y limitados, lo que produce, entre otras, una sobreexplotación de los medios de subsistencia, enormes desigualdades y un creciente sentimiento de insatisfacción. ¿Cómo cambiar el curso de esa lógica autodestructiva? Para Arenas, la única salida pasa por transmutar radicalmente nuestra forma de vida, así como la relación de los individuos entre sí y de

ellos con el planeta (p. 48). No obstante, esos cambios radicales se ven entorpecidos por una realidad digital que oculta bajo el palio de la información la explotación de la subjetividad. «La prueba más evidente de que un simple clic produce valor, y, por tanto, se trata de un *trabajo digital* son esas nuevas maquilas del siglo XXI que son las *clickfarms* (...). [Ese trabajo] es el que cada uno de nosotros hacemos gratuitamente en nuestras interacciones digitales» (p. 78). La conclusión no por obvia es menos inquietante: la plusvalía se extrae ahora de la vida social que todos producimos y reproducimos como miembros activos de una comunidad.

En el tercer capítulo Arenas analiza el impacto del desarrollo tecnológico en el mercado de trabajo a través de conceptos como *paro tecnológico*, *robotización de la economía* o *renta básica*, conceptos inspirados, en buena medida, en Keynes (p. 85). No hay que perder de vista, en todo caso, que la capacidad predictiva del economista británico no acierta en lo que Arenas considera el fracaso de la transformación moral de la sociedad. Y es que la gran tarea planetaria, el paso de lo egológico a lo ecológico, no se ha producido todavía. Por el contrario, la razón neoliberal impone como ideal social privilegiado la figura del empresario de sí mismo. La medida de

nuestro fracaso como sociedad, por tanto, puede calibrarse en ese desplazamiento: «el que va del artista de sí al empresario de sí como ideal regulativo del yo» (p. 95).

Los capítulos cuarto y quinto sirven a Arenas para, a partir de una interpretación del pensamiento de Thorstein Veblen (Camic y Hodgson, 2010), comprender los motivos de ese fracaso. Porque la obra de Veblen es una especie de cristal hermenéutico con el que Arenas escruta la realidad y, de algún modo, la crítica vebleniana funciona como la aguja imantada de una brújula que guía en la comprensión del presente si uno es capaz de descubrir el pequeño enigma que encierra su magnetismo. ¿Dónde encontrar, entonces, la raíz del problema? ¿No habrá que centrar el análisis en la conducta psicológica de los sujetos que conforman las sociedades capitalistas? Según Arenas, uno de los méritos de Veblen radica en haber captado las «dinámicas subjetivas que trabajan a favor el capitalismo [...]. Veblen psicologiza la lógica del capitalismo haciendo descansar en la emulación el principal motor económico del sistema económico» (p. 97). El estatus, la distinción, el rango o la jerarquía que confiere la propiedad es, en este punto, la clave que explica la acumulación de capital y la posesión de la ri-

queza. Sea como sea, no hay que olvidar que la emulación es, sobre todo, resultado de un antagonismo: el valor del estatus es valor de trofeo; el trofeo, como lo ganado mediante la victoria en el campo de batalla, es la más alta forma de valor en las sociedades capitalistas. No en balde el emprendedor, el empresario de sí, el *influencer*, triatleta, *youtuber* o cualesquiera de las formas que adopta el individuo ambicioso, están contenidos en la figura de la emulación competitiva en la medida en que hace de la lucha consigo mismo y con los demás «el motor de su vida y la norma de su conducta» (p. 106). En todo caso, ese individuo ambicioso no es una mónada aislada: su acción está imbricada en unas instituciones que dirigen los deseos, los impulsos, los objetivos y las metas de otros individuos. «Las instituciones no son, pues, un mero telón de fondo neutral, sino la trama misma de la obra que se pone en escena en la vida social» (p. 113). Más allá de las instituciones industriales y pecuniarias, lo relevante radica en atender a esas instituciones *imbéciles* «que presiden el desarrollo de la economía capitalista» (p. 126).

En los últimos tres capítulos, Arenas repasa algunos de los males psicosociales que asolan al ser humano contemporáneo. En estas breves notas quisiera destacar tres: la creciente

desigualdad mundial, la cadaverización de la Tierra y la ambivalencia tecnológica. La globalización está provocando tan graves desequilibrios sociopolíticos y económicos, que la desigualdad que deben soportar los miembros de una colectividad cualquiera es, además de injusta, letal. Y es que la sociedad global vive gracias a la codicia, la fantasía y el miedo, su sacramento es el brillo ridículo de la mercancía y, aunque dice proteger a los ciudadanos, en última instancia los extorsiona y chantajea. En este contexto la amenaza deja de ser tal y se convierte en algo que uno experimenta en sus propias carnes. Para Arenas no hay duda: «la sociedad global ha superado con creces la dosis de desigualdad que puede llevarla al colapso» (p. 144).

Por lo que hace a la Tierra, su explotación y olvido, Arenas sugiere que la economía de mercado la ha transformado en un montón de basuras amontonadas al azar (p. 159). Por desgracia, la capitalización bursátil se define por un apetito bulímico de posesión y aniquilación que empobrece la vida humana y animal e intoxica el agua, el aire y la sangre. Frente a quienes se resignan convencidos de que es la única actitud genuina ante la hipertrofia de un sistema de producción que aniquila y destruye a pasos agigantados, Arenas propone subsumir la economía bajo la

ecología política y ensayar un modo de habitar diferente (p. 163).

Por último, Arenas matiza que, aunque nuestro destino es inevitablemente tecnológico, «hay que pergeñar los criterios que harán de esos instrumentos aliados posibles de la emancipación individual y colectiva, o bien origen de una nueva pobreza» (p. 170). Repárese en que la reconversión de la sociedad industrial en sociedad de servicios ha hecho que la organización de la resistencia se haga cada vez más difícil. A pesar de la amenaza de control y vigilancia que suponen, las tecnologías digitales y las calles parecen elementos clave en esta nueva fase de la lucha de clases: el nuevo sujeto no es el obrero industrial, vanguardia de todas las luchas anteriores parciales o de ramo, sino una multitud sin perfiles afectada por la ferocidad desestructurante del mercado.

Los segmentos, vértices y ángulos de *Capitalismo cansado* son múltiples y aquí apenas he podido esbozar algunos de sus temas centrales. Quisiera añadir que ciertos puntos requieren de una revisión crítica o, quizá, una discusión más profunda: el dinero como medio de intercambio universal, el fin de las energías fósiles, la reorganización del trabajo, la supuesta gratuidad de los contenidos de internet, lo divino en el núcleo del *quadripartito*, etc. En todo caso, las reflexiones de Arenas, al igual

que los cristales que se agrupan al azar en un caleidoscopio, dan pie a la formación de figuras caprichosas y casi infinitas, y cada vez que uno se asoma a su brocal queda capturado en sus redes multicolores. Así las cosas, *Capitalismo cansado* es como un mensaje en una botella lanzada con la esperanza de que en algún lugar llegue a tierra firme, rumbo hacia lectores con los que su autor pueda dialogar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Camic, Charles y Hodgson, Geoffrey M. (Ed.) (2010). *Essential Writings of Thorstein Veblen*. New York : Routledge.
- Kant, Immanuel (1998). *La paz perpetua*. Madrid: Tecnos.
- Marx, Karl (2009). *El capital: el proceso global de producción capitalista* (t. III/vol. 6). México: Siglo XXI.